

LA HISTORIA DEL BOSQUE MALDITO

Un día un grupo de cinco chicos y tres chicas paseaban por un bosque cuando uno de ellos se adentró mucho en él, y se perdió.

Sus amigos estuvieron un rato buscándolo y llamándolo cuando, de repente, se toparon con su cadáver al lado de un árbol. Encima tenía escrito en sangre «¿quién de vosotros será el siguiente?».

Volvieron a sus casas y al día siguiente fueron a comprobar si seguía el cuerpo de su amigo cerca del árbol, pero el cadáver había desaparecido. Entonces uno de los chicos, por accidente, se separó del grupo y descubrió que los árboles estaban malditos por lo que decidió quemar el bosque. Al arder los árboles empezaron a hacer un ruido ensordecedor, daban mucho miedo.

El bosque quedó hecho cenizas, pero sobrevivió un árbol. Era el árbol donde había aparecido el cuerpo del amigo.

Nadie volvió a pisar el suelo de aquel maldito bosque.

Adrián Gómez Castro

¿PUERTAS? ESO NO DA MIEDO

En un mundo donde las puertas están poseídas por males antiguos no es divertido vivir. Y si todos los países están en guerra no ayuda mucho. Vale, ¿lo has imaginado ya? Ese es mi mundo. Y he aquí mi historia.

Al día siguiente de nacer murieron mis padres y, al quedar huérfano, me adoptaron —creo— los únicos grupos que tenían un bunker y que no estaban locos. Se hacían llamar «La resistencia».

Crecí con ellos hasta los 6 años. Cuando tenía esa edad recuerdo que nos atacaron unos bandidos en busca de recursos para vivir, matando a más de la mitad y reduciéndonos de 12 a 4. Ese día fue una masacre y yo, casi muero. Después de ese día se decidió dedicar el resto de sus vidas a entrenarme, prepararme y mentalizarme para sobrevivir a otro ataque de bandidos.

Y así pasaron veinte largos años.

Solo quedaba yo en ese solitario bunker y, fuera, un mundo apocalíptico... las últimas naciones peleando para ganar la guerra.

Pero las puertas no se habían parado durante estos años; empezaron a desarrollarse y rebelarse contra todo lo que se movía. Y al final quedó una guerra de humanos contra puertas. Las naciones decidieron hacer un tratado que decía: *En nombre del planeta y la vida en él, se pararán las guerras entre naciones hasta vencer al mal mayor de las puertas.* Todas las naciones aceptaron.

Descubrimos que toda nuestra vida y sucesos se debían a la locura de un niño de seis años que, al volver a su casa, acompañado de su abuela, había visto a sus padres con una soga al cuello atada a la pared. La abuela murió de un infarto a los pies del niño, y él murió de hipotermia tirado cerca de su casa.

Los policías dijeron que se había vuelto loco y su último suspiro de cordura fue esta historia.

Alejandro López Martínez

TU SOMBRA

Ayer por la noche él estaba como todos los días cenando en su casa. De repente escuchó un ruido proveniente del salón. Cabe aclarar que vivía solo. Era la televisión. El problema es que cuando entró, la tele se apagó. Llevaba unos días teniendo estos problemas y ya casi ni dormía.

Al llegar las doce de la noche estaba aterrorizado. Se encontraba en el salón con las luces encendidas y tenía miedo de que, al apagarlas, algo apareciera. Se quedó dormido, llevaba días sin pegar ojo, cuando de pronto... se apagó la luz y la televisión. Quedó todo a oscuras y sin ruido. Cuando abrió un ojo lo vio, vio lo que él tantos días había temido: una figura negra a la que por dentro se le podía ver odio y nada de alma, y unos ojos profundos que cuando los mirabas sólo te daban escalofríos.

Por un momento quedó en shock, pero acabó reaccionando. Antes de que la figura negra en la oscuridad se acercara a él, corrió, corrió lo más lejos que pudo y se refugió en su habitación, callado, con la esperanza de que no lo encontrara.

Con sigilo y temblando más que un perro mojado, se metió en el armario. Ya no escuchaba los pasos de aquel hombre —si se podía llamar así— que había entrado en su casa. Los pasos parecían de alguien con zapatos grandes y pesados. Salió, pero con el rabillo del ojo vio su sombra. Puede parecer increíble al tratarse de un ser que no parece ser hombre. Lo vio, lo vio viniendo tras él. Lo que no vio fue el arma que llevaba.

Por la mañana lo encontraron con un hacha en medio y medio de la cabeza, y sangre a su alrededor...

Salió en todos los periódicos y noticias: «El hombre al que nunca encontraron».

Ana Giz Grandío

EL PARQUE

La luna brillaba en aquella noche donde el temor —era uno de los miedos menos graves— la soledad y la tristeza me acompañaban; ese trío era lo mejor que me había pasado aquella noche. Los árboles recordaban personas y los gatos, panteras; todo se hacía más grande en la oscuridad.

Vi una luz entre los árboles y corrí hacia ella.

Llegué a aquella claridad: era una farola iluminando un camino de piedras que llevaba a una pequeña casa abandonada, con grafitis, y ventanas rotas por unas piedras. La miré detenidamente y me di cuenta de que no tenía puerta; creo que era el tremendo escombros que había a su lado.

Tenía el móvil y una linterna y como mi móvil tenía poca batería cogí la linterna.

Apunté hacia ella, entreví unas figuras, me eché hacia atrás por miedo a que saliera un animal feroz, con uñas y dientes. Ocurrió todo lo contrario. Salió de allí una figura negra con una careta blanca y una guadaña, no de juguete sino afilada de verdad. Me caí por andar hacia atrás. Cogí rápidamente el móvil y llamé a la policía. El señor alzó la guadaña y me cortó los dos brazos sin pestañear. Escuchaba las sirenas desde hacía mucho tiempo.

Mi madre me movía cogiéndome los brazos —de ahí la asociación con la guadaña— y el ruido de las sirenas era el despertador.

Todo resultó ser una pesadilla.

Antonio Teixeira Chao

MI MAYOR MIEDO

Un día de invierno Julia estaba hablando con su madre y ambas se pusieron de confianzas.

Y Julia le contó lo que sentía cuando pensaba en su padre: A ti también te pasa, que tienes una persona que quieres mucho en tu vida y se supone que esa persona te quiere más que a nada ya que eres su hija, pero sólo te llama cuando tú lo llamas, solo dice que te echa de menos o que te quiere si tú se lo dices primero. Pues así estoy yo, todos los días esperando a que mi padre me llame o que se acuerde de mí y después de unas veinte llamadas sin contestar por fin me coge el teléfono para decirme que no puede hablar, que está muy ocupado o que tiene otras cosas más importantes que hacer en ese momento. A veces llego a pensar que mi padre no me quiere y ese es mi mayor miedo.

Su madre no entendía cómo Julia podía esconder todo ese dolor detrás de una sonrisa tan bonita.

María Beatriz Valente Moura

EL MONSTRUO DEL BOSQUE

Allí estaba el monstruo del bosque. Yo, aterrado, escondido entre los arbustos en la noche oscura; de repente salí corriendo en busca de ayuda, pero sólo encontré una cabaña en la que esconderme.

Era una cabaña de algún cazador, pues había armas y un traje. Pero también descubrí que... ¡¡¡en la cabaña había un bunker!!! Y en él metí toda la comida, agua, armas y balas que encontré. Una vez dentro, cerré todo.

Fue inútil: el monstruo entró, destrozó toda la casa buscándome. Salí y le metí tres balazos y murió.

Pude ir a mi casa con mi familia y mis amigos, pero el monstruo seguía vivo, yendo por el bosque en mi búsqueda. Me enteré, por las noticias, de que un monstruo había quemado un bosque.

—¡No está muerto! exclamé sorprendido, pero a la vez aterrado.

Avisé a la policía y vinieron a mi casa a protegerme.

No volví a saber nada del monstruo.

Brais Bellas Cheda

HOMICIDIO IMPRUDENTE

Un día una niña de catorce años llamada Carolina estaba en su casa, sentada en una silla que daba a la ventana del patio. Su madre la vio allí sin saber lo que sucedía, a pesar de la mala cara que mostraba.

Carolina se levantó rápidamente y se fue hacia el baño, se metió allí y cerró la puerta con cerrojo. Pasados veinte minutos salió del baño aterrorizada: sabía que hoy no era su día. Acudió corriendo junto a su padre y le dijo que había una serpiente en el cuarto de baño. Su padre no le creyó, ya que su hija siempre exageraba mucho las cosas. Carolina, muy excitada, volvió a decírselo y en ese momento su padre, que tenía que ir al baño, aprovechó para mirar. Al instante salió del baño diciendo que iba a pedirle la escopeta a su vecino Manolo, que era cazador.

Y así fue: su padre acudió a casa del vecino y le pidió la escopeta. De regreso a casa se dirigió rápidamente hacia el servicio. Carolina estaba con él. La escopeta sólo tenía dos cartuchos para disparar. El padre disparó dentro del váter y le dio a algo, cargó de nuevo la escopeta y justo cuando iba a disparar de nuevo, apareció Román, el hermano de Carolina y, con el susto, le dio en la espalda.

El padre sacó la escopeta del retrete, el lugar donde iba a disparar, y habló con su hijo, quien dijo que a lo que su padre había disparado era a un robot nuevo que le habían regalado sus amigos. De pronto la escopeta se disparó accidentalmente y la bala fue a parar al pecho de Carolina.

Los médicos no pudieron hacer nada por salvarla.

Bruno Ínsua Rubido

EL ASESINO DEL SULFURO

Era una mañana de abril, yo vivía en un barrio de la periferia de Londres, en un piso de cuatro habitaciones: baño, cocina, la habitación de mi madre y la que yo compartía con mi hermano mayor, Lucas.

Éramos una familia humilde. Mi padre había muerto hacía unos años por enfermedad y desde entonces mi madre tuvo que hacerse cargo de nosotros, además de trabajar mañana, tarde y noche.

Me desperté desorientado y empapado en sudor, fruto de una pesadilla; miré hacia los lados tratando de orientarme, estaba en la habitación que compartía con mi hermano; él ya se había levantado, como hacía todas las mañanas para preparar el desayuno y las mochilas. Me levanté y me vestí. Después salí de mi habitación, que conectaba con la cocina.

—El desayuno ya está listo —anunció mi hermano con una tostada en la boca. —Después del instituto tendrás que volver solo a casa, tengo una entrevista de trabajo, —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿En serio? —dije yo— ¡Eso es increíble!

Después de eso desayunamos viendo la televisión. En un momento apareció un NOTICIAS DE ÚLTIMA HORA: «Les informamos que el nombrado *Asesino del sulfuro* ha vuelto a aparecer con una nueva víctima en la periferia de Londres. Les recordamos que este asesino mata a sus víctimas y luego deshace sus cadáveres en sulfuro; les recomendamos que no salgan a la calle».

Después del instituto volví a casa, pero mi hermano nunca volvió.

Una semana más tarde identificaron su cadáver en la orilla de un río, había sido asesinado por el *Asesino del sulfuro*.

Bruno Fojón Fernández

UN CRIMEN INDESCIFRABLE

Una noche de viernes Martina estaba con su amiga Gloria. De repente recibió una llamada de su madre en la que le dice que es muy tarde y que debe volver a casa, pues ya eran las once de la noche.

Tenía miedo porque se marchaba sola y el camino era muy largo.

Se puso a andar, llevaba poco tiempo caminando, cuando se dio cuenta de que un coche se acercaba a ella a baja velocidad.

Martina se asustó mucho y se puso a correr. Se volvió y pudo ver como de ese coche bajaba un hombre vestido con ropa oscura.

Siguió corriendo, faltaban pocos metros para llegar a casa, pero decidió entrar en un portal para dejar pasar al extraño que la seguía.

Estaba escondida cuando vio como ese hombre bajaba del maletero a una persona atada de manos y amordazada. Sin darse cuenta estaba siendo testigo de un crimen indescifrable.

Eva Castrillón Dorna

UN DÍA DIFERENTE

Estaba en mi habitación cuando de repente escuché arañazos en la puerta de la entrada. Mis padres me habían dicho muchas veces que no abriera la puerta, pero la intriga me mataba.

Era un cachorrito de Pitbull (que normalmente son muy peligrosos). Lo metí en casa y le puse en un cuenco comida que había sobrado. Lo comió todo y me fui para cama.

A la mañana siguiente llamé a mis abuelos que, como siempre, estaban llorando. Me dijeron que el hotel en el que se alojaban mis padres había ardido de noche y no había supervivientes.

Desde ese día ese perro fue mi mascota preferida.

Ismael Gómez Quiza

LA VOZ EXTRAÑA

Ayer mi familia se fue de viaje a Irlanda y yo me tuve que quedar solo, estudiando.

En mi casa a menudo suelo escuchar murmullos, pero es debido a que mi familia es muy bulliciosa. Estas noches que no están no debería escuchar nada sin embargo sigo oyendo extraños ruidos, como si alguien me quisiera asustar aunque no tengo muy clara la intención ni quién podría estar haciéndolo.

Intento estar tranquilo y no alarmarme pero cada vez noto que se aproxima más a mí. Por el día está todo normal y en su sitio, no se escucha nada y estoy calmado. Cuando se aproxima la noche... echo de menos el amparo de mi familia para saber que no tengo nada que temer.

Quedan tan solo dos noches para que vuelva mi familia así que creo que es hora de investigar a qué es debido ese ruido que me causa tanto temor.

A la mañana siguiente noté que estaba más alarmado que durante las mañanas anteriores pero ni se me ocurrió pensar que me podría pasar algo malo. Cada minuto que pasaba mi corazón latía más fuerte y llegó un momento en que no pude evitar la intriga de saber qué estaba ocurriendo.

Y llegó la noche, y con ella la hora de mis temores.

Salí de mi habitación y bajé las escaleras sigilosamente, llegué a la cocina y me di cuenta de que el ruido provenía de afuera de la casa. Miré y miré por todos lados, alarmado.

Miré a través de la ventana y... entonces lo vi: era una rama de un árbol que, con el viento, se movía y al rozar con la ventana hacía ese extraño ruido.

Desde esa noche no temo a nada, y cualquier cosa rara que escucho siempre la relaciono con aquella rama.

Yaimara Fraguela Méndez

MARCOS Y EL MIEDO

Fue en ese preciso instante cuando Marcos se dio cuenta de que estaba solo. Por dentro lo consumía poco a poco el miedo a la soledad. No quería ser como su padre, no quería que un buen día alguien lo pudiese encontrar tirado en una esquina. Decidió cambiar su vida y eliminar de sus pensamientos la palabra *miedo*. Aunque para cualquier persona la palabra miedo sea insignificante a Marcos le causaba terror. Se apuntó a una clínica de desintoxicación de alcohol, y pidió cita con un psicólogo. En terapia aprendió que la palabra miedo la tenía en su mente porque él quería. Sabía que el camino iba a ser difícil, pero con esfuerzo y dedicación lo conseguiría.

Tiempo después, ya rehabilitado, le dieron el alta en la clínica, aunque seguía visitando a su psicólogo. Todo iba bien cuando de repente recibió una llamada en la que le contaban que su psicólogo acababa de morir en un trágico accidente de coche. En ese momento Marcos sintió que el mundo se le caía encima. Marcos estaba muy unido a su psicólogo, era su único amigo, la única persona en la que sabía que podía confiar. En un instante la palabra que ya había logrado eliminar de su vocabulario volvió a aparecer. Pensó que nunca volvería a tener un amigo, una persona de la que fiarse.

Un día, en un bar, mientras ahogaba sus penas en alcohol, apareció por la puerta una chica preciosa de ojos verdes y pelo castaño. Cuando Marcos vio a esa chica apareció en su mente una nueva palabra: amor. Marcos estaba inseguro; recelaba acercarse a ella, pues tenía miedo a que le hiciese daño, pero no fue así.

Un año más tarde el muchacho inseguro y alcohólico se convirtió en un hombre hecho y derecho a punto de pisar el altar. Marcos tuvo cinco hijos, tres niños y dos niñas, a los que les enseñó que la palabra miedo no era tan mala como parecía y les explicó que cuando lo sintiesen se acercasen a él porque siempre iba a estar ahí para consolarlos, incluso cuando no estuviera en cuerpo presente.

Uxía Murias Martínez

ALMAS ERRANTES

Con el crepúsculo se despertaban las almas de aquellos que no estaban entre los vivos. Durante el crepúsculo las almas tomaban forma y se dedicaban a asustar a la gente de los bosques más remotos.

En realidad este hecho fue siempre una leyenda, pero hay gente que afirma haber visto a un familiar fallecido cuando estaba en un lugar oscuro a esta hora. Muchos expertos aseguran que las almas no existen y todo es producto de la imaginación, ocasionada por el dolor de una pérdida o, simplemente, una broma.

Esta leyenda se fue olvidando con el paso del tiempo, hasta desaparecer.

La noche estaba al caer. El viento soplaba muy fuerte pero eso no parecía hacer parar la fiesta que se originó en el bosque. Los jóvenes bailaban al ritmo de la música, interpretada por los mejores artistas del momento, que habían accedido a tocar por una gran suma de dinero. Cada vez hacía más frío. Algunos integrantes de la fiesta se estaban preocupando ya que cada vez había menos luz y las farolas no llegaban a encenderse. Uno tras otro empezaron a irse hasta no quedar más que un grupo reducido. Las luces empezaron a encenderse. Los muchachos no tenían ninguna preocupación, solo querían divertirse. Había llegado la hora del crepúsculo.

De repente, todas las farolas se apagaron y el viento sopló con más fuerza. Los músicos dejaron de tocar y decidieron irse en su furgoneta.

Unos segundos después de dejar el lugar se oyó un fuerte estruendo. Los jóvenes se alarmaron y decidieron ir a ver qué ocurría. Se encontraron con una furgoneta vacía, sin nadie en su interior. Se asustaron al ver unas marcas en el suelo, como si alguien hubiese arrastrado a los intérpretes hacia el bosque. Los chicos siguieron las marcas y se adentraron en el bosque, solo iluminado por la luz natural, escasa a esas horas.

Las siguieron hasta llegar al lugar donde acababan.

Empezó a escucharse una voz de un niño que suplicaba ayuda. Uno de los chicos se acercó al lugar del cual parecía provenir aquella voz y, al llegar, cayó en un agujero.

Para cuando sus compañeros llegaron al lugar, este ya no estaba; había desaparecido.

Uno a uno, el grupo de jóvenes fue reduciéndose, con las súplicas de la voz infantil de fondo.

Cuando sólo quedaba uno se apareció el causante de la voz: un niño con túnica blanca y pies descalzos. El último muchacho empezó a correr hasta llegar a una pequeña cabaña en la que vivía un viejo.

El joven se salvó, mas ninguno de sus compañeros volvió a aparecer.

Sara Calvo Álvarez

MI CASA EMBRUJADA

Yo vivo en una casa embrujada, pero no sabía que estaba encantada hasta hoy.

El primer día, dentro de la casa, mi madre y yo vimos espectros que atravesaban paredes; aterrorizado, yo me escondí, pero de mi madre no se supo nunca nada más.

El segundo día parecía todo como un videojuego de terror. Encima de la mesa había una espada y afuera de mi casa estaban llegando oleadas de monstruos.

La primera oleada mogollón era de lobos con dientes muy afilados, y suponía que la espada sería para matarlos antes de que rompieran la puerta y entraran; me armé de valor y salí para matarlos. Al final de esta primera oleada me dieron una bonificación que consistía en convertirme en un aspirador con el símbolo de los cazafantasmas.

En la segunda oleada aparecían filas y filas de fantasmas; me volví a armar de valor y salí. Probé a ver si la espada les hacía daño, pero no les atravesaba; entonces probé con el aspirador y los absorbió a todos en menos que canta un gallo.

La tercera y última oleada fue una mezcla de las dos oleadas anteriores, pero había un BOSS.

No me dio tiempo a armarme de valor porque el BOSS que era LA MUERTE rompió la puerta por la mitad de una guadañazo. Yo me puse con la espada en la mano porque primero venían los lobos y después, cuando no había más lobos, pillé el aspirador y absorbí a los fantasmas.

De repente desperté al sentir el despertador.

Tenía que ir al colegio.

Samuel Fernández Peña

EL SIGNIFICADO DE «QUE MÁS DA»

Era un día caluroso de verano, éramos 4 niños, adolescentes. Entre todos habíamos planeado salir a hacer una acampada. El camino lo hicimos en bici, porque era un camino por el medio del bosque.

Yo tenía muy buenas expectativas del lugar donde íbamos a acampar. Pensaba que iba a ser como en las películas: una zona verde con bancos para comer, fuente con agua potable... pero cuando llegamos, llegó también la decepción, nada de lo que había pensado se cumplía. Era un descampado sin árboles, sin agua... Lo único que había bonito eran las vistas a todo el bosque.

Cuando montamos las tiendas la noche se nos echó encima, momento en el que hicimos fuego con unas cerillas que tenía David en la mochila. A mí no me parecía un sitio seguro y le propuse a David que montáramos guardia. En tono despectivo me dijo:

—Boh, qué más da.

Sin decirle nada me fui a mi tienda. Estaba a punto de quedarme dormido cuando escuché las cremalleras de las otras tiendas. Eran las 3 de la mañana cuando un grito de auxilio me espabiló del todo. Miré mi móvil, eran exactamente las 3:04h.

Empecé a escuchar pasos que se dirigían directos hacia donde yo estaba. Algo intentó abrir la cremallera de mi tienda, pero fui más rápido, me levanté y se lo impedí. Mientras, escuchaba fuera los gritos terroríficos de mis amigos.

Y en ese momento recordé las palabras de David:

—Boh, ¡qué más da!

Roberto Santiago Lamelas

SOMBRAS

Luces apagadas, respiraciones tranquilas y sumidas en el sueño... El escenario favorito de una sombra. No nos damos cuenta de que están ahí hasta que es demasiado tarde.

Las sombras son seres misteriosos que se alimentan del miedo y la desesperación de las personas, y esa noche yo lo averigüé todo sobre ellas.

Me llamo Valeria, pero me llaman Valery. Bueno, en realidad nadie me llama así, solo la voz en mi cabeza. Ella se llama Jean y está un poco loca. Pero no he venido a hablaros de mis conversaciones con Jean; he venido a advertiros sobre las sombras.

Una noche volvía a casa después del colegio con cara llena de moratones y la moral baja, como siempre cuando volvía del colegio, y entonces lo vi:

SOMBRAS

Ponía la tapa de aquel grueso y enorme libro marrón encharcado por la misma lluvia que me mojaba a mí. Con aquel peculiar libro se despertó mi curiosidad así que, al llegar a casa, lo leí. Era una especie de recopilación de las sombras, criaturas extrañas que se alimentan del miedo, la depresión y la frustración de las personas. Decidí que era algún cuento de viejas para asustar a los niños y lo guardé bajo la cama para olvidarme de él.

Y ahí empezó el asunto...

Todas las noches las sombras de mi habitación, que antes ni notaba, ahora me mantenían despierta y angustiada. Y todas, y cada una de ellas, llamaba a mi madre diciéndole que tenía miedo; ella respondía con un golpe.

Pasaron los meses y ya no aguantaba más. Jean apareció de nuevo en mi cabeza y ya no dormía ni una sola noche. Temí volverme totalmente loca, más de lo que ya estaba. Entonces decidí pasar de Jean, de mi madre, del miedo y de todo, y leer el dichoso libro de las SOMBRAS.

Querido lector o lectora, si has leído al menos unas líneas de este libro, debo advertirte que ahora estás maldito. Pero no temas, hay solución, debes embarcarte en una misión para volver a atar las sombras que has desatado.

—¿Qué no tema?! Vaya ánimos...

—Sí, vaya rollo de libro, ¿por qué no lo tiras? —murmuró Jean

—Cállate, vamos a seguir leyendo, —le respondí yo.

—Debes meterte en el libro y, como dije antes, atarle de nuevo las sombras, si no quieres que te destruyan lentamente.

—¿Meterme en el libro?

—Si pronuncias estas palabras, podrás entrar...

Dudé un segundo. Después de decidirme, leí en alto las palabras:
«Portum carak larak kyraya raya kaya laraya portum carak larak kyraya raya kaya laraya»

Y entonces... ¡el libro me absorbió!

Lía Yáñez Villarnovo

UNA LATA DE ATÚN

Una mañana muy temprano me desperté en mi cama a causa de un ruido extraño que procedía de la colina que había enfrente de mi habitación. Me vestí con un chándal viejo y salí a comprobar de qué se trataba.

Subí lentamente la colina y al llegar a la cima vi que había una especie de duende de grandes orejas verdes comiendo una lata de atún. El ruido que hacía con la boca era insoportable. Yo pensaba que, como la lata de atún era pequeña, acabaría enseguida. Pero, ¡qué va! El duende introducía el atún en la boca miguita a miguita.

Pensé que le llevaría todo el día acabar su condenada lata de atún así que decidí pegarle un chillido más grande que el ruido que hacía él.

Cuando me oyó soltó un berrido tal que los dos nos asustamos mucho. Él salió corriendo colina arriba y yo salí corriendo colina abajo.

Me volví a mi casa, me metí en la cama, me tapé hasta las orejas, e intenté dormirme de nuevo. No sé por qué notaba tanto frío en las orejas.

Julián Fojón Graña

LOS NIÑOS CON MÁS SUERTE

Esta historia que vais a leer les ocurre a un grupo de veinte niños que un día de verano se fueron de excursión y se perdieron.

Habían decidido visitar un valle situado en pleno centro de América del sur, un lugar despoblado. Estuvieron andando durante mucho tiempo hasta que se dieron cuenta de que se habían perdido. No sabían dónde estaban.

Decidieron detenerse para descansar y aprovechar para comer un poco de lo que todavía les quedaba, tenían que repartirlo porque no sabían cuánto tiempo estarían en esta situación, mientras no los encontraran.

De noche dormían pegados unos a los otros porque cuando se perdieron era de día y al ser verano nadie llevaba chaqueta; hacían hogueras y ponían hojas en el suelo para estar separados de los insectos. Una noche les apareció un oso que se acercaba al calor. Se despertaron y se asustaron mucho al verlo, y uno de los integrantes del grupo propuso que se fueran a dormir, que él quedaba vigilando.

Otro día, al despertarse, descubrieron que tenían picaduras por todo el cuerpo. Esa noche había llovido y ellos se habían guarecido debajo de un árbol, pero los miles de insectos que poblaban el bosque atacaron el lugar donde estaban hasta el punto de que uno de ellos tenía una pierna acribillada y no podía andar, y esto era un problema porque tenían que atravesar un río y no les quedó más remedio que hacer una balsa y transportarlo río abajo.

Por fin, caminando y caminando, llegaron a un embalse y allí encontraron a dos policías que los llevaron con sus familias.

Tardaron unas semanas en recuperarse del susto.

Joel Polo Rodríguez

LAS GEMELAS

Había una vez unas gemelas que vivían con sus padres en un caserío muy antiguo. Las niñas siempre pensaban que su casa estaba embrujada y sus padres les decían siempre:

—Tranquilas niñas, nunca os va a pasar nada.

Esa misma noche una gemela desapareció; los padres, angustiados, no sabían qué hacer pero la buscaron por todos los sitios. Mientras, su gemela, también preocupada, empezó a investigar por la casa.

Habían pasado unos días cuando los padres vieron algo sospechoso en el sótano: ¡Era la niña muerta!

Mientras los padres hacían ese terrorífico descubrimiento se escucharon gritos de la otra gemela arriba.

Llevaban ya toda la noche sin dormir cuando aterrorizados se encontraron a las dos gemelas en la entrada que les decían:

—¡Feliz día de Halloween!

Javier Loureiro Fernández

MALDITA CURIOSIDAD

8 de enero. Las hojas de los árboles caían como gotas de agua. Yo caminaba por mitad del bosque a paso lento. Llevaba media hora y lo único que veía eran árboles. Iba por un camino de piedras y tierra; aun llevando calzado adecuado se notaba la dureza del terreno.

Ya llevaba 40 minutos desde que había empezado mi 'viaje'. Seguía observando árboles hasta que pude apreciar una casa al final del camino. Desde lejos parecía una casa apacible pero cuando me acerqué a ella comprobé que era una casa vieja, deformada por los acontecimientos del tiempo, con las ventanas rotas a través de las que se habían metido las ramas de los árboles que la rodeaban. Por un instante pensé en dar marcha atrás pero mi ímpetu de curiosidad me echó hacia delante.

La puerta estaba medio abierta, sólo tuve que tocarla con la yema de mi dedo y se fue cayendo lentamente, descubriendo una oscuridad insólita.

En ese instante se me aceleró el corazón, de cero a cien; puse la mano en el pecho. No sabía qué me ocurría, quería irme corriendo, escapar de todo aquello pero, en vez de hacerlo, entré.

En ese momento noté un escalofrío que me hizo temblar las piernas y caerme al suelo. Levanté la vista y lo que pude apreciar me dejó atónito. Me di cuenta de que me estaban mirando unos ojos rojos; intenté gritar, pero la voz se me había bloqueado. El cuerpo se giró y empezó a andar, me caí de nuevo al suelo y sin saber cómo, mi cuerpo se arrastraba solo. Intenté levantarme, pero otra vez sin éxito.

De repente noté como la puerta de la entrada se iba cerrando... dejando atrás mi única salida.

Jaider Mariña Pérez

UN SUEÑO TERRIBLE

Una noche de lluvia mis padres habían salido a cenar. Yo estaba sola en casa viendo una película de miedo y así me quedé dormida.

De repente escuché un ruido terrible; había alguien en la puerta y de inmediato me di cuenta de que eran cuatro ladrones. Fui a buscar un cuchillo. Cuanto más los veía acercarse, más sudaba yo. Llenándome de fuerza, salí y les clavé el cuchillo a todos.

La triste realidad fue que se trataba de mis padres y dos amigos que los acompañaban. Yo, destrozada, me eché a llorar sobre los cuerpos de mis padres. Me había quedado sola, sin familia. Ahora, todos vendrían a culparme.

Se abrió una investigación y no pararon hasta encerrarme en un manicomio. Allí todos venían a dar abrazos, un beso, a hablar. Había una que escuchaba nombrar mucho, una tal Margarita, que tenía como apodo *La Mala*. Cuando la vi supe que era una de mis tías, de la que yo siempre escapaba.

Llegó el día en que me levanté y fui a la ducha; estaba de espaldas y con los ojos cerrados cuando sentí que alguien me tocaba. Vi inmediatamente que era *La Mala*. Al mismo tiempo que me clavaba el cuchillo me decía «esto va por tus padres» mientras mi sangre se derramaba por el suelo.

En ese mismo momento escuché a mi madre diciéndome:

—¡Despierta!

¡TODO HABÍA SIDO UN SUEÑO!

Mientras desayunaba le conté el sueño que había tenido. Yo llevaba unos días muy rara y mi madre decidió llevarme al psicólogo.

Acabé cortándome las venas.

No imaginaba cómo se lo tomaría mi madre cuando lo supiera.

Nerea Pérez Ríos

LAS EXTRAÑAS AVES

Hace 10 años estaba en el cumpleaños de mi buen amigo Álex. Todo iba normal y nos estábamos divirtiendo. De repente empecé a escuchar un ruido de gran intensidad: pensé que me iban a explotar los oídos. Nunca había escuchado nada parecido. Ese ruido venía del tejado de la casa de Àlex. Con los oídos doliéndome mucho, les pregunté a mis amigos si también lo escuchaban. Pensaron que estaba bromeando. Decidí llamar a mi madre para que me viniese a buscar porque pensaba que la falta de sueño ya me estaba empezando a afectar la cabeza.

Al cabo de 10 minutos llegó mi madre y el ruido paró de repente. Cuando llegué a casa decidí irme para cama porque era tarde y estaba cansado.

Dormí tranquilamente hasta las 12 del mediodía. Cuando iba a desayunar volví a escuchar aquel extraño ruido del día anterior, proveniente esta vez de mi tejado. Salí de casa para ver qué estaba pasando: encima de mi tejado había cinco extrañas aves enormes, tenían los ojos rojos y eran completamente negras.

Las 5 aves desaparecieron en cuanto las miré, pero el ruido seguía sonando. Media hora después llegó mi madre del trabajo y el ruido paró.

Al día siguiente, cuando me estaba lavando los dientes, decidí mirar por la ventana porque me pareció ver algo extraño. Miré y vi como esas criaturas se iban para siempre.

Martín Gómez Fernández

ME QUEDARÉ EN CASA

Cogí el móvil. Eran las once de la noche. Estaba en mi cama, tapada con cientos de mantas para pensar que no estaba sola, aunque así era como me sentía. Mi móvil sonó. Lo cogí rápidamente deseando que no fueran las personas que consideré amigos en el pasado, cuando era ingenua. Y efectivamente, eran ellos.

En mi mente imaginaba a alguien a mi lado, viendo la notificación sobre mis falsos amigos a los que quería olvidar. En ese momento solamente quería hablar de algo con alguien que significara algo.

Frente a mi cama podía observar el cristal de la gran ventana lleno de rocío, y tras ella, la luna, tapada entera por un manto de densa niebla como el polvo, como si la estuviera opacando. El corazón me palpitaba cada vez más aprisa. No quería saber nada de ellos, no quería ver la información de esa notificación, no quería volver a tranquilizarme para no ponerme más nerviosa.

No, creo que me quedaré en casa esta noche y omitiré todas las conversaciones de 'estoy bien'.

Esta ciudad de papel me ha decepcionado varias veces y de muchas formas como para seguir intentándolo. Algo debería suceder dentro de mí, algo debe romper, pero lo único que hago es ver como las olas hechas por el mar se desvanecen al chocar contra los portentosos muros de hormigón.

—Nunca oí grito más silencioso que el tuyo.

Repetí la frase de mi amigo una y otra vez, hasta familiarizarme con aquel conjunto de letras y palabras.

¿Puedo huir a un sitio donde nadie me conozca?

No, creo que esta noche me quedaré en casa.

Marcos Iglesias Díaz

LA NIÑERA

Una chica llamada Ángela tenía un sueño especial: viajar a París. Pero Ángela no tenía suficiente dinero para ir. Empezó a buscar trabajo como niñera porque le gustaban mucho los niños. A los 10 minutos de poner sus datos en una página de internet, llamaron unos padres diciéndole que hoy tenían un aniversario de boda y si podría cuidar de sus hijos esa noche.

Ángela fue a la dirección de la casa y cuando llegó se encontró a los padres y una limusina delante de la casa. Ángela se acercó a la madre y ella le dio dinero para comprar una pizza para cenar.

Cuando los padres se fueron llamó al telepizza más cercano, cenaron todos juntos, vieron unas pelis y Ángela llevó a los niños a la cama, les contó un cuento, activó el vigilabebés y se fue al salón a ver en la tele una serie a la que estaba muy enganchada.

De repente sonó el teléfono. Contestó, pero al instante pensó que era una broma ya que escuchó unas risas muy raras. Asustada miró el vigilabebés y no oyó nada extraño. Debido a la situación en la que se encontraba llamó a la policía y les contó lo sucedido. Le dijeron que si volvían a llamar que pasara un tiempo hablando para rastrear la llamada, y así lo hizo.

A los 20 minutos la llamada se repitió y oyó que le decían: ¡Ya me cansé de ti! Ángela no aguantó más y colgó. Al momento, el teléfono volvió a sonar: era la policía que le dijo: ¡Sal inmediatamente de la casa, las llamadas vienen del piso de arriba! En estado de shock corrió hacia la puerta, al salir tropezó y estampó una mano ensangrentada contra la ventana. Cuando llegó la policía investigaron la casa, y en el piso de arriba encontraron un teléfono y un machete ensangrentado. Rastrearon todo, encontraron a los niños en el armario de su habitación y la ventana abierta. El asesino había escapado. Los niños y Ángela se quedaron en el salón a la espera de los padres.

De repente... sonó el teléfono.

Luis Amaro González Soto

EL MONSTRUO DEL SÓTANO

Érase una vez una familia y su mascota que decidieron mudarse a la casa de un pueblo en la que se decía que había muerto una familia y su perro.

Un día los padres estaban mirando la tele mientras el niño jugaba a la pelota. Al niño se le escapa la pelota al oscuro pasillo y cuando decide ir a por ella escucha un extraño ruido en el sótano.

Deja la bola y se acerca al sótano. Al bajar las escaleras ve una extraña sombra detrás de unas cajas y sale llorando en busca de sus padres, pero cuando llega junto a ellos descubre que están muertos.

Sale a buscar ayuda pero nadie le hace caso, por eso decide irse a la ciudad.

Cuando cumplió 40 años decide volver a la casa donde había visto morir a sus padres para vengarse del monstruo. Entra en la casa y baja directamente al sótano y allí lo vuelve a ver.

Tras una larga pelea acaba herido, pero al menos consiguió matar al monstruo.

Luego va a donde están enterrados sus padres y les deja una rosa sobre su tumba.

Lucas López Gómez